

Los cemíes olvidados

*José M. Guarch Delmonte
Alejandro Zuerejeta Barceló*

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR	7
I. LOS CEMÍES OLVIDADOS	11
1. La uuelta de Yayael	13
2. Los mares y los océanos	14
3. Yaya es burlado	16
4. La conquista del fuego y el cazabe	17
5. Lo que dijo la Caguama	18
6. Los males que trajo el Sol	19
7. El primer ardid de Guahayona	20
8. La separación de las parejas	20
9. La venida de los asexuados	24
10. Revelaciones de Atabey	25
MITOLOGÍA ABORIGEN DE CUBA. RESUMEN	38
II. LOS CEMÍES RECORDADOS	47
Los Cagueiros	51
El encuentro	51
Las enseñanzas del Behique	53
El conjuro	54
Leyenda de Taguabo y Maicabó	57
BIBLIOGRAFÍA	71
SOBRE LOS AUTORES	73

"...este libro nos hace pensar que si algunos artistas, poetas y escritores tienen la nostalgia del cielo, nosotros, americanos, tenemos la nostalgia de América, de una América-paraiso, anterior a ésta, y de una América-paraiso que vendrá a completar la estampa antigua, paraiso para todos sus hombres."

(Miguel Ángel Asturias, en Prologo a *Esta tierra de gracia* de Isaac J. Pardo, Monte Avila Editores, Caracas, 1988.)

NOTA PRELIMINAR

Pocas son, en realidad, las fuentes documentales de las que se dispone en cuanto a las creencias de los aborígenes antillanos y, menos aún, respecto a las que sustentaban los de Cuba. Lo más abundante y confiable, porque se trata de una información de primera mano, proviene de un texto hoy lamentablemente perdido en su original, y por lo que de él nos ha llegado lo suponemos portador de un manojito de datos mal recogidos y peor dispuestos. Se trata de la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, que en un período tan remoto como el que va entre los años 1494 y 1498 escribiera un catalán ermitaño de la orden de San Jerónimo, llamado fray Ramón Pané.

Como hombre simple y de buena intención califica a Pané un ilustre contemporáneo suyo, el padre Bartolomé de las Casas, quien añade que su colega sabía algo de la lengua de los aborígenes y que, por tanto, "escudriñó lo que pudo". El original de marras fue manejado por el Gran Almirante don Cristóbal Colón, quien ordenara a Pané prepararlo, por su hijo Fernando Colón, por Las Casas y Pedro Mártir de Anghlería. Fernando Colón lo incluyó en su *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*, en la edición príncipe de la obra que se produjo en italiano, traducida por Alfonso de Ulloa.

Sin poder contar con la primitiva crónica de Pané, no queda otro remedio que remitirse a los resúmenes que de algunas de sus partes aportaron estos autores, limitados desde luego por el punto de vista que sobre la conquista del Nuevo Mundo cada uno de ellos quiso fijar. Desde entonces no pocos connotados investigadores trataron de esclarecer la turbia información legada por el documento traducido por Ulloa, o las síntesis que de él han dado Las Casas o Mártir de Anghlería. En los últimos años se establecieron ciertas aproximaciones entre las crónicas y los artefactos de indudable uso ritual aportados por la arqueología. A todo ello se suma la labor de los lingüistas al tratar de reconstruir la lengua con la que aquellos hombres —al igual que sus semejantes en otras latitudes y culturas— designaron un intrincado conjunto de fenómenos cósmicos, telúricos, de la génesis humana o de su etnia, su economía o su sociedad.

Y de todo ese esfuerzo, al principio de manera fragmentaria, incoherente y hasta balbuceante, emergió el cuadro de la salida imaginaria, plena de saber secular; es decir, el mito y su representación esotérica. Poco a poco se fueron despejando las cortinas de misterio en torno a una zona de la vida de los primitivos pobladores de las Antillas, mágica y no menos maravillosa que las hasta ahora esclarecidas, el culto de los aborígenes a sus deidades. Un sistema mágico-religioso que se basa más en la interpretación de cuanto era observable, que en las tradiciones históricas

Fuentes documentales, interpretaciones históricas, elementos traídos por la lingüística y evidencias arqueológicas, han servido para concretar los "retratos" de las deidades de nuestros más remotos antepasados, que se reúnen en este libro

Hilvanar esas cuentas, ese fascinante collar de imaginería y fantasía, espléndido y dolorosamente ignorado, es su objetivo principal. O sea, entregar una narración que en apariencia se oculta, si tratamos de verla de frente, pero que se nos revela cuando integramos sus piezas constitutivas. Piezas entregadas por todos aquellos que escribieron en pro o en contra de los aborígenes, bien sean cronistas o compiladores, historiadores o científicos, viajeros o poetas, en fin, todo aquel que dejó correr la pluma acerca de cuanto veía y vivía en aquellos primeros tiempos del encuentro de dos mundos diferentes en el escenario de Cuba y las restantes Antillas.

Al ensamblar y estructurar los distintos mitos en una sola fábula, se pretende ofrecer una visión de conjunto de la trayectoria imaginativa de los aborígenes en cuanto a su panteón, sus ideas sobre el génesis, la inmortalidad, poblamiento y conceptos étnicos. Y como apoyatura necesaria, la expresión singular de la materialización de sus ideas en los artefactos en que fueron plasmadas, encarnadas, vueltas visibles y palpables, muy propios, dicho sea de paso, de la identidad antillana presente aún en las raíces más profundas de nuestras nacionalidades respectivas

Ni mitólogos ni mitógrafos, en las páginas que siguen subrayamos aspectos objetivos de nuestro ambiente en simples pinceladas, que sólo sirven de hilo conductor entre las "realidades" recibidas de los primeros habitantes de la Isla. De inmediato se advertirá, sin embargo, cómo trazaron su imaginativa y mágica historia dentro de muy pocos conceptos cosmogónicos. En una indiscutible concepción geo y etnocéntrica, sus referencias más reiteradas aluden al

ámbito de la tierra y de las insulas que poblaron, algo común a todas las comunidades de similar grado de desarrollo.

Hay que destacar, por último, que no hay en el panteón de los aborígenes o en sus personajes míticos, entidades guerreras de ningún tipo. Entre ellos se refleja el genio apacible de estos hombres, más de una vez apuntado por Las Casas: "Gente sin doblez, humildísima y mansuetísima", advirtió el clérigo.

Por eso estremece la lectura del *Canto general*, en uno de cuyos poemas Pablo Neruda, refiriéndose al proceso de la conquista de la Isla, y luego de señalar la violencia y crueldad del conquistador, expresa casi en forma exclamativa:

*Cuba, mi amor, qué escalofrío
te sacudió de espuma a espuma,
hasta que te hiciste pureza,
soledad, silencio, espesura,
y los huesitos de tus hijos
se disputaron los cangrejos.*

Según Neruda aquellos fueron hombres que se perdieron en la niebla, y de la niebla ahora nos esforzamos por rescatarlos, por lo menos en la íntima, singular, preciosa y excepcional esfera de su mundo espiritual. Un mundo que, como la sal de los Evangelios, da sentido a todos los demás.

1. LA VUELTA DE YAYAEEL

Causa primera de la vida, espíritu que diferenció a las plantas, los animales y las personas de la materia inerte, innominado en el momento inicial, para reconocerle se le llamó Yaya (I). Con su esposa procreó un hijo, Yayael (II), quien cuando se hizo hombre trató de asesinar a su padre, con el ánimo de sustituirle y usurpar sus poderes. Sus planes fueron oportunamente descubiertos por Yaya y fue desterrado a un lejano país. Pero Yayael continuó conspirando contra su padre, nunca pudo vencer la soberbia de su corazón, y cuatro meses más tarde el propio Yaya le dio muerte.

En una jiguera¹ colocada dentro de un cesto y colgada del techo de la casa, Yaya puso los huesos de su hijo. Mucha era la desdicha que Yayael trajo a sus progenitores, y en particular a su padre. Pasado un tiempo, dijo Yaya a su mujer que deseaba ver los restos de su hijo. Ella se alegró pensando que la

NOTA: Los números romanos entre paréntesis remiten al Resumen que comienza en la página 38. Las notas aparecen al final de cada una de las dos partes del libro.

ira y la violencia habían desaparecido del pecho de Yaya, y solícita y un tanto con torpeza, bajó el cesto portador de la jiguera. Y sin poderlo evitar voló la jiguera sobre una estera, y cuál no sería la sorpresa cuando, en lugar de la osamenta de su hijo, del interior de la vasija salieron cientos de peces de todos los tamaños y colores, de las especies más variadas, en un torrente como la pareja nunca había visto.

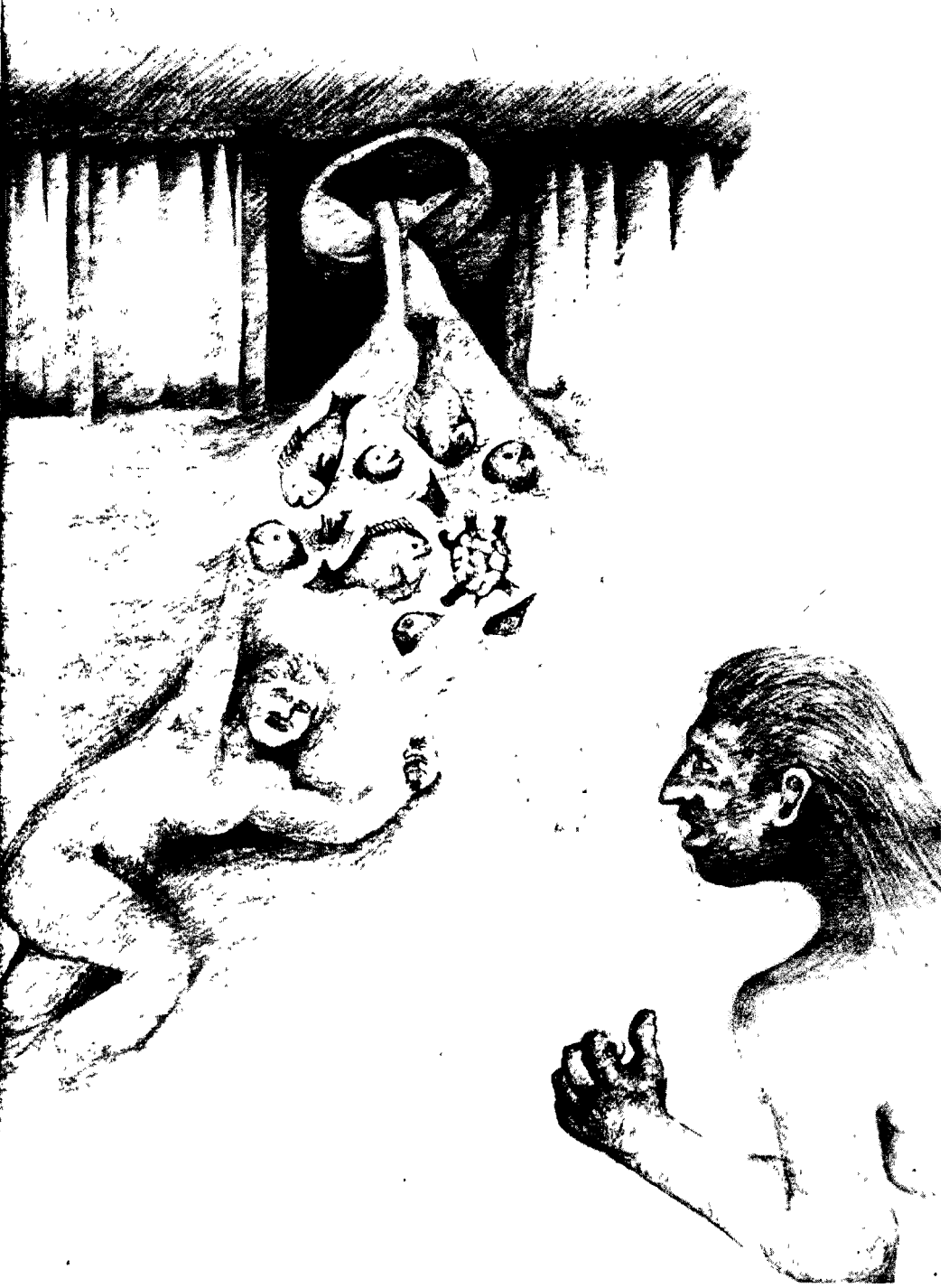
Asombrados, decidieron comer de aquellos peces en los que se había transformado su hijo Yayael. Y ese nuevo alimento, surgido de la muerte misma, pasó a ser fuente de vida de los aruacos; el recuerdo de aquel hijo rebelde fue de esta manera perpetuado a través de los tiempos.

2. LOS MARES Y LOS OCEANOS

También en aquel lejano país vivió una mujer llamada Itiba Cahubaba (999), la Gran Paridora, la Madre Tierra. Y sucedió que Itiba Cahubaba concibió en su vientre cuatro gemelos a la vez, a los que no pudo parir. Al morir, con un hacha de piedra la abrieron y lograron salvar así a sus cuatro hijos. El primero en salir fue Caracaracol,² al que pusieron por nombre Deminán (N). De sus tres hermanos restantes nadie recuerda los nombres. Pues los cuatro gemelos tuvieron noticias de la jiguera mágica, y decidieron encaminarse rumbo a la casa de Yaya para conocer más de cerca aquel verdadero portentoso.

Al llegar a la casa de Yaya la encontraron vacía, pues su dueño estaba en sus conucos³ dedicado a las tareas de la siembra. Vieron, pues, colgar del techo la cesta que guardaba la esotérica jiguera. A pesar de ello, ninguno se atrevía a entrar en el lugar, hasta que el más osado, el mayor, Deminán Caracaracol, dio unos pasos, alcanzó la cesta, extrajo la ya célebre vasija, y vació su contenido sobre la estera. Como era de esperar los peces salieron raudos, coleteando, abundantes y apetitosos. Los cuatro hermanos de inmediato comenzaron a comerlos con avidez hasta hartarse.

Horas después dos de los gemelos yacían adormilados, hartos de peces, en tanto los otros continuaban el banquete. De pronto oyeron pasos cerca de la casa y se percataron de que Yaya, con su coa⁴ al hombro y su cargador repleto de yucas,⁵ regresaba a su hogar. Sin orden ni concierto los gemelos se precipitaron a colgar la cesta de nuevo, empujándose entre sí, y no tuvieron



cuidado alguno en colocar dentro de ella convenientemente la jiguera, que para sorpresa de los cuatro cayó al suelo con estrépito, rompiéndose en mil pedazos. Perplejos, sobrecojidos, con pánico, los imprudentes hermanos se quedaron paralizados ante la catástrofe. Incluso Yaya, quien ante el ruido apuró el paso hacia la casa, no pudo más que asombrarse ante lo ocurrido, y desde la puerta se limitó a contemplar la escena. En el caney⁶ reinó un silencio tenso, portador de malos augurios.

De los restos de la jiguera comenzaron a brotar agua, peces, y nuevos y variados animales marinos; de pronto se formó un violento torrente que arrastró a Yaya. Vociferando, asiéndose al tronco de un guayacán⁷ que crecía en medio del batey⁸ de la casa, Yaya logró salvarse de aquel repentino caudal de aguas iracundas, que fueron anegando todas las partes bajas de la tierra hasta formar los mares y luego los océanos inmensos que ningún hombre puede abarcar con sus ojos.

3. YAYA ES BURLADO

Con Deminán a la cabeza, los traviosos gemelos, se treparon en lo alto del techo cónico del caney. Desde allí, de un salto, cayeron sobre unas rocas que sobresalían entre las encrespadas aguas. Ya en tierra firme corrieron despavoridos, sin mirar atrás siquiera un instante, en tanto oían apagarse poco a poco los gritos coléricos de Yaya, plenos de amenazas en cuanto a que serían perseguidos sin tregua de por vida. Pasaron los días y meses, pero los gemelos no cesaban en su deambular sin reposo, sintiéndose acosados siempre, aterrorizados ante la perspectiva de enfrentarse de nuevo a Yaya.

Y en aquella prolongada huida, los hermanos dieron con un individuo conocido por Conel, el cual era mudo. Conel los vio llegar, y sólo alcanzó a sostenerles la mirada a cada uno. Los gemelos siguieron su camino sin darle la espalda a aquella aparición silenciosa, en cuyo rostro creyeron adivinar la posibilidad de un peligro inminente. Lo hicieron con la certidumbre de que Conel los delataría. Sin embargo, ¿quién hubiera podido sacarles de tamaño error? Poco después el mudo testigo recibió en igual compostura a Yaya, quien inútilmente le interrogó sobre el paradero de los fugitivos. Sólo obtuvo por respuesta la misma mirada de sorpresa que Conel dedicó a Deminán

Caracaracol y los suyos. Fue de esta manera que Yaya, causa primera de la vida, les perdió el rastro

4. LA CONQUISTA DEL FUEGO Y EL CAZABE

Los gemelos en su ardua tarea de andar y desandar todos los caminos, se encontraron de pronto con una casa raramente iluminada. Allí vivía el viejo Bayamanaco (U), espíritu del fuego y celoso guardián del secreto de cómo hacer el cazabe,⁹ además de saber a cabalidad el exacto rito de la cohoba¹⁰ mágica. De carácter irascible, Bayamanaco a todos despedía con un soberano quanquayo.¹¹

Ya frente al caney de Bayamanaco, los poco escarmentados gemelos percibieron el olor del cazabe tostándose en el fuego y se dijeron cruzando entre sí un gesto de picardía. "Ahiacabo quárocoel", que en lengua aruaca quiere decir "hablemos con nuestro abuelo". Aún hambrientos, los hermanos de Deminán Caracaracol no se decidían a entrar a la casa del furibundo anciano. Tuvo el hermano mayor, una vez más, que tomar la iniciativa y cruzar decidido el umbral resplandeciente. Y vio allí a Bayamanaco encorvado sobre el burén,¹² en el instante de levantar una succulenta torta de cazabe. A su alrededor, lo necesario para confeccionar ese alimento, y por todas partes un número de tortas recién sacadas del burén que, ubicado sobre tres piedras de apoyo, recibía el calor de unas llamas limpias y vigorosas.

Molesto, Bayamanaco se volvió al imprudente gemelo, con una expresión de hosquedad y desconfianza en el rostro. Deminán extendió una mano, e ingenuamente pidió al viejo una torta de cazabe para él y sus hermanos. Bayamanaco dio muestras de turbación, lo que aprovechó su interlocutor para plantearle de inmediato que, además, le entregara el fuego y le diera a conocer el secreto de la fabricación del cazabe. El viejo, otra vez dueño de sí, se puso en pie con violencia y se le encimó con ferocidad. Con notable habilidad y rapidez, Deminán de un salto recojó de la estera, sobre la que trabajaba el viejo, un poco de catibía¹³ y algunas tortas, así como un leño encendido.

Apenas cruzaba Deminán la puerta del caney, cuando Bayamanaco ya estaba a su lado y, llevándose una mano a la nariz, le lanzó un esputo cargado de cohoba que dio en la espalda del gemelo, quien continuó su fuga acompañado de sus perplejos hermanos. Bayamanaco no advirtió el robo del

fuego y del secreto del cazabe. Regresó todavía indignado a sus labores, de cierta manera satisfecho porque en lugar del cazabe y el fuego que le solicitó Deminán Caracaracol, sólo había dado un quanquayo. Pero el mayor de los cuatro gemelos le había burlado; en sus manos tenía dos nuevos dones de la vida: el fuego y el cazabe, el pan que nos proporciona la yuca.

5. LO QUE DIJO LA CAQUAMA

Lejos, muy lejos, cuando estuvo seguro que nadie los seguía, Deminán Caracaracol se detuvo y, jadeante, contó a sus hermanos todo lo ocurrido en el caney de Bayamanaco. El fuerte golpe del quanquayo le producía dolor y escozor en la espalda, mas se burlaba diciendo que había logrado escamotearle sus tesoros nada menos que al severo Señor del Fuego. Entonces los gemelos miraron la espalda de su hermano y la vieron hinchada y enrojecida. Nada dijeron a Deminán, pues creyeron que a poco esos malestares desaparecerían.

Con el paso de los días la espalda de Deminán empeoró, se hinchó enormemente, apenas podía caminar con tal protuberancia, y el dolor le sumía en llanto y en lamentos desgarradores. A esas alturas ya sus hermanos temían por su vida. Aquel joven ágil y fuerte, que sólo tenía de desagradable su piel áspera y rugosa, se había convertido en un jorobado casi moribundo, agobiado por una giba espantosa que no cesaba de crecer y crecer. Seguros de que el fin de Deminán se aproximaba, sus hermanos decidieron correr el mayor de los riesgos. Tomaron un hacha de piedra y le abrieron la espalda. Pasmados, asistieron a un nuevo prodigio: de lo que había sido una joroba surgió una tortuga hembra, Caquama (V) ¹⁴

Caquama tuvo una influencia extraordinaria en el destino de los gemelos. Les indicó cómo debían asentarse, construir sus caneyes, bohíos, bahareques ¹⁵ y bateyes; sembrar sus conucos y cosecharlos; cazar los animales del monte y pescar en los ríos y mares los regalos de Yayael; hacer hogueras con el fuego y elaborar cazabe, dones de Bayamanaco, y algo muy especial: criarla a ella. Todo lo hicieron los cuatro gemelos como lo pidió Caquama, y ya con verdadera madurez se convirtieron en Guardadores de los Cuatro Vientos. ¹⁶ Cuando la tortuga fue adulta cohabitaban con ella, dando así origen al género humano.

6. LOS MALES QUE TRAJÓ EL SOL

Mujeres y hombres fueron a habitar a una gran caverna que tenía dos bocas, la mayor de las cuales se llamaba Cacibajagua,¹⁷ y la de menor tamaño Amayauna.¹⁸ Y pese a que vivieron durante mucho tiempo y tuvieron descendencia, se sentían incómodos: ninguno podía salir de la cueva en horas del día, sólo las noches les eran propicias. El Sol, implacable, los perseguía y convertía en frutas o aves por mandato de Yaya. Otro mal los aquejaba: cada nueva generación daba individuos más pequeños que la anterior. Y otro más: nacían caracaracol o se cubrían de llagas que los debilitaban y, al final, les conducían a la muerte. Sólo la hierba queyo¹⁹ los aliviaba de esta última tragedia.

Tan difícil era la situación que, reunidos en asamblea las mujeres y los hombres, decidieron elegir a uno de ellos, a Mácacoel (V99), para que se encargara de cuidar las entradas de la cueva y evitara que sus congéneres salieran de día. A Mácacoel²⁰ asignaron otra tarea no menos importante, que consistió en distribuir los seres humanos sobre la faz de la Tierra. Mas una noche varios hombres salieron a pescar y no oyeron el anuncio de Mantiatihuel (V99), por lo que les sorprendió el amanecer. Implacable, el Sol los convirtió en jobos,²¹ y allí quedaron para siempre con sus frutos amarillos colgando de sus ramas y sus flores blanquiverdosas.

Ante estos hechos los hombres urgieron a Mácacoel para que tomara de una vez una decisión en cuanto a la distribución de las familias. El Guardián de las Cuevas escuchó serenamente tal demanda y, sin anunciarlo a nadie, esperó la noche y salió en busca de los Cuatro Vientos, los Cuatro Gemelos que pensaba le ayudarían a escoger los derroteros por los que sería conveniente enviar a cada uno. Desorientado, con gran temor e incertidumbre exploró por un lado y otro, sin resultado alguno. Y llegó el amanecer y el infortunado Mácacoel se vio lejos de la cueva.

A pesar de que con rapidez se ocultó en el bosque, el Sol, astuto y siempre abarcador, logró descubrir su escondite y atraparlo. Fue magnánimo en esta oportunidad, y lo devolvió a la cueva de Cacibajagua, con el compromiso de sus habitantes de castigarle ejemplarmente por su desacato y falta de celo en la custodia de la caverna. Abrumados, los moradores del oscuro recinto cerraron las entradas y Mácacoel fue convertido en una piedra ubicada en la proximidad de una de ellas, condenado de esta suerte a una guardia eterna.

7. EL PRIMER ARDID DE GUAHAYONA

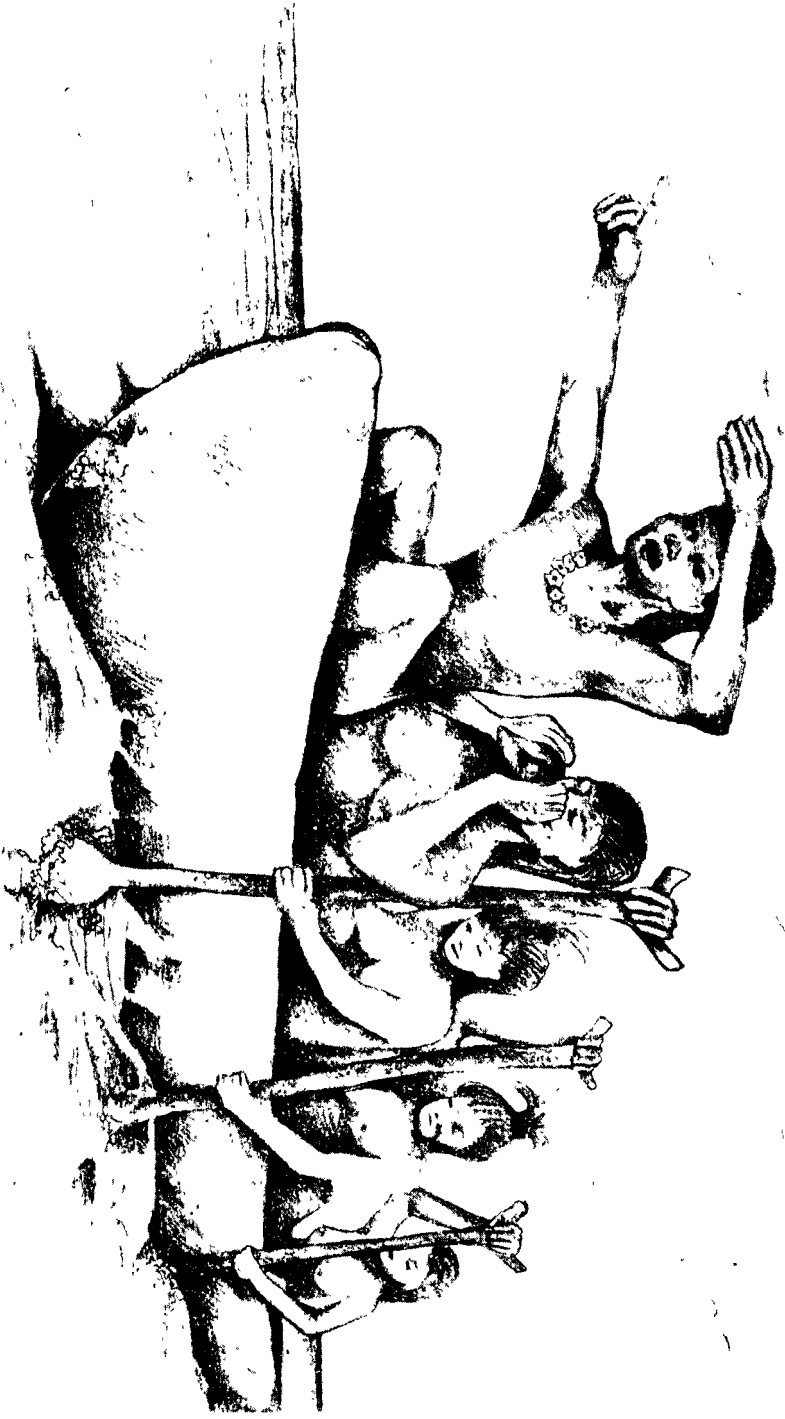
Sumidos los hombres en aquellas crueles y perennes tinieblas, volvieron a reunirse y entre los más aptos de ellos eligieron por segunda ocasión al mejor, que resultó ser Guahayona (IX) Hombre razonable, previsor y a un tiempo cauteloso, Guahayona designó de inmediato a un sujeto llamado Yahubaba (X) para que fuera a recoger cuanta yerba queyo pudiera Su propósito era el de proporcionarla a los que padecían llagas para que, llegado el momento, estuvieran bien dispuestos para el futuro poblamiento de la Tierra Sin embargo, Yahubaba se demoró demasiado en el cumplimiento de la tarea que le fuera encomendada, y aunque Mautiatihuel hizo lo imposible para avisarle, el Sol le sorprendió y le transformó en el ave Yahubabayael,²² que en las mañanas deja oír su dulce y melódico canto

Ante la demora de Yahubaba, y presintiendo algún desastre, Guahayona llamó a todos los hombres y mujeres a emprender sin más demora el poblamiento de la Tierra. Y lo hizo con palabras tan ardientes, seguras, firmes y claras, que todos se despojaron del temor que los ataba a las tinieblas y le siguieron sin reservas Así rompió Guahayona el maleficio impuesto por el Sol a los hombres, pues a todos juntos no pudo convertirlos como hasta entonces en piedras, frutos o animales Y con esa decisión tan radical, la multitud avanzó lentamente por el denso y enorme bosque hasta que Guahayona alzó su voz y les dijo. "Hermanos, lo peor ha pasado, descansemos aquí " Y todos lo hicieron a orillas de un arroyo de aguas limpiadas y murmuradoras.

8. LA SEPARACIÓN DE LAS PAREJAS

Mucho meditó el astuto Guahayona, en tanto contemplaba las aguas del arroyo perderse en la espesura y las hojas de los árboles caer en ellas, unas naufragar y otras seguir veloces el curso de la corriente Y lo hizo sobre la causa principal de los males de su pueblo; llegó a la conclusión de que todo se debía al incesto Descendientes de idénticos padres, la Caguama y los Cuatro Gemelos, y con el añadido de que Caguama había surgido del quanquayo lanzado por Bayamanaco a la espalda de Deminán Caracaracol, el apareamiento entre individuos de una misma sangre era inevitable.

Alejado del resto del pueblo, a solas, envuelto en el perfume de las más recientes floraciones y el sonido del viento entre las ramas de los árboles, y el



canto de las aves, Guahayona se dijo haber llegado a la médula del asunto. El rompería aquel ciclo maléfico que tenía a sus hermanos postrados, débiles, llagados y pequeños como niños.

De un salto se levantó y dijo a las mujeres: "Dejen a los niños aquí, al cuidado de los hombres, para que nuestra marcha sea más rápida y podamos llegar cuanto antes a Matinino, pues es donde debo presentarme junto a ustedes." De pronto se produjo un rumor que iba en aumento y que se matizaba con algunas voces un tanto alteradas. Pero Guahayona había vencido al Sol, y aquella era una razón de mucho peso para confiar en él. Todavía de pie, el hombre hizo un gesto pidiendo silencio y agregó a su petición: "Tú irás conmigo, Anacacuya; serás, en tu condición de cacique, el otro hombre del grupo. De seguida Guahayona prometió regresar luego para conducir a los hombres y a los niños, mas aquello era un ardid, ya que su propósito consistía en separarlos para siempre.

Guahayona y el cacique Anacacuya, su cuñado, junto a las mujeres de su pueblo, se embarcaron en canoas²³ hacia Matinino. En la travesía el cacique Anacacuya demoraba su nave, sin poder disimular su añoranza y nostalgia. Guahayona se sentía impaciente al verlo con el rostro fijo en las aguas, por lo que tomó otra grave decisión. "Mira qué hermoso cobo²⁴ hay en el fondo", le dijo a su cuñado, y cuando este se inclinó por la borda de la canoa hacia donde señalaba Guahayona, lo tomó por las piernas y lo lanzó al mar. Así se liberaba de la demora y del peligro de que Anacacuya descubriera una mujer que él, Guahayona, debía hallar en los fondos marinos, y que el otro, siendo cacique, tal vez quisiera tomarla para él.

Mientras tales hechos sucedían en la expedición rumbo a Matinino en medio del mar, a la orilla del apacible arroyo los niños comenzaron a quejarse del hambre, a reclamar las madres que los amamantaban. Ploraban desconsoladamente y sus padres no sabían qué hacer. Los pequeños gritaban: "Toa, toa", sin que sus padres encontraran el modo de consolarlos. Y ante ellos, lentamente las criaturas fueron transformándose en ranas y sapos que saltaban hacia el agua que, con sus gritos de "toa, toa" (X), pedían sin sosiego.

En tanto, al frente de su flota Guahayona había arribado a las costas de la isla de Matinino. Todos desembarcaron con júbilo, pues suponían que aquel era el final de tan largo viaje. Todos menos Guahayona, quien se dispuso para otro de sus habituales ardidés, en el empeño de liberar a los humanos de

la endogamia que los amigulaba. Pasado ese primer momento, dijo a las mujeres que volvía a embarcarse y que pronto regresaría. Puso proa a la isla de Guanín, en busca de la prometida mujer de los fondos marinos, Guabonito (XII). Y la halló y la condujo junto a él a tierra firme, sintiendo un indescriptible placer al hacerlo. Ya en la playa se dio a la búsqueda de la yerba queyo, para curar las llagas que también a él agobiaban.

Pero Guabonito tomó otras medidas: reclusó a Guahayona en una guanara,²⁵ lo lavó con la yerba queyo y le hizo beber tisanas de la corteza del guayacán. Lo restringió, además, a una dieta de palomas guanaro y camao (XIII).²⁶ Sometido a esta terapéutica y en completo reposo, Guahayona sanó de sus males en unas pocas semanas. Cuando estuvo restablecido por completo, Guabonito le obsequió un gran presente. Le ofreció las joyas más preciadas que desde entonces tuvo el pueblo aruaco en todas las islas del arco antillano. Le mostró el secreto de las cuentas de piedras como el mármol, que los aruacos designarían con el nombre de cibas. Y, más importante aún, la fórmula de la aleación de metales mágicos: el oro, la plata y el cobre, que nominaron guanín, en honor de la isla en donde Guahayona encontró la salud.

Las cibas servirían para confeccionar collares y orejeras que entregarían en las bodas y acompañarían a sus dueños a la tumba. El guanín sería el metal del Turey,²⁷ máspreciado que el propio caona,²⁸ para alargar la vida de sus poseedores. Todo lo puso en sus manos Guabonito para beneficio de ese pueblo víctima de tantas vicisitudes. Guahayona pidió permiso a Guabonito para proseguir su viaje. Ella se lo concedió y se sumergió de nuevo en las profundidades del océano. Guahayona, ataviado con las cibas y los guanines en los brazos, el pecho y las piernas, montó en su canoa y tomó rumbo a Cauta, país en donde había dejado solos a los hombres y a los niños.

En ese momento asumió otro nombre, tal como era costumbre entre ellos al rebasar alguna grave enfermedad o peligro. Y como lo suyo fue un verdadero renacer, optó por el de Albeborael Guahayona. Ya en su tierra, fue en busca de su padre Hiauna, y de su medio hermano por parte de padre Hiaquaili. Les relató todo lo ocurrido y les enseñó las cibas y guanines que le obsequiara Guabonito. Los tres se dieron a la confección de cuentas y orejeras de cibas, láminas y tubillos de guanín, durante largas y febriles jornadas. Sin embargo, fue Hiaquaili quien denotó más destreza y desde entonces se le conoció por Hiaquaili Guanín, o simplemente Guanín. El padre y los hijos distribuyeron

las preciadas joyas, producto de su trabajo, entre todo el pueblo, que todavía hoy siente orgullo y placer al lucirlas.

9. LA VENIDA DE LOS ASEXUADOS

En la isla de Matinino, tierra de los "Sin padres", las mujeres abandonadas recibieron la visita de unos hombres procedentes de islas muy remotas, que por supuesto no eran sus hermanos, y con ellos procrearon. Y tomaron por costumbre que cuando el recién nacido era un niño, lo enviaban a la Isla de los Hombres, y si niña, se quedaban con ella. Por eso en la isla de Matinino sólo habitaban mujeres. En Cauta los hombres vagaban en torno al arroyo en donde los dejó Albeborael Guahayona, oyendo las voces de sus hijos convertidos en ranas y sapos: "Toa, toa". Algunos de ellos se bañaban en aquellas aguas, extrañando y deseando a sus esposas, con la añoranza de la época en que estuvieron juntos. Cuando llovía, ingenuamente buscaban las huellas de las mujeres en el barro húmedo. Albeborael Guahayona guardaba con celo el secreto del paradero de ellas, pese a las preguntas e insinuaciones de cuantos le rodeaban.

Y un día, estando casi todos en el arroyo, vieron cómo de las ramas de los árboles más próximos descendían unos seres muy singulares, pues no eran hombres pero tampoco mujeres, no tenían sexo de macho ni de hembra. Trataron de capturarlos, pero se les escapaban como si fuesen peces o anguilas. La piel les resbalaba como si estuviesen empapados. Y el cacique, ante esta dificultad, designó a un hombre caracaracol por cada uno de esos extraños individuos, que eran sólo cuatro. Los caracaracoles eran los únicos que podían asirlos, pues por su condición sus manos eran ásperas y rugosas.

Corrieron tras ellos los caracaracoles, atravesando el bosque y la sabana, las laderas y las cumbres de las lomas, vadeando los ríos y trepando a los árboles. Al paso del grupo volaban grandes bandadas de palomas, quacamayos, cotorras y cateyes (XV),²⁹ y hasta el soberbio tocororo (XV)³⁰ se espantaba, todos alborotando con el ruido de sus alas y chillidos. Las pitias³¹ y cuantos animales vivían entre la espesura buscaban refugio, y todo lo viviente parecía estar atento al desenlace de aquella tenaz persecución. Finalmente los cuatro asexuados se detuvieron exhaustos y los fuertes caracaracoles les

alcanzaron. Llevados a la aldea, en el batey se congregó todo el pueblo, que les observaba con mal disimulada curiosidad.

Correspondió al cacique y a los nitainos³² examinar a los insólitos individuos y corroborar que, en efecto, carecían de sexo. Y como en todo lo demás eran semejantes a las mujeres, el resto de los pobladores clamó para que fueran convertidos en tales. Ante una situación tan especial, el cacique llamó a consejo a todos los nitainos para determinar el procedimiento de cómo ejecutar esa demanda. Varias horas duraron las deliberaciones, y en medio de ellas efectuaron el sagrado rito de la cohoba. Y por unanimidad decidieron solicitar los servicios de Inhiri Cahubabayael (XV), el pájaro carpintero hijo de Itiba Cahubaba, la Madre Tierra.

Cuando Inhiri Cahubabayael se personó en la aldea, le ataron fuertemente con cabuyas de nequén³³ a las ingles de los asexuados, abriéndoles a estos las piernas de manera conveniente. El pájaro entonces comenzó a picotear con fuerza hasta formarles a cada uno el sexo femenino. De esta manera en la Isla de los Hombres tuvieron de nuevo mujeres, cesó la endogamia, la descendencia fue a partir de ese episodio mucho más saludable, y el plan de Albeborael Guahayona se logró en todas sus partes. Sus ardides se justificaron, y los cemíes³⁴ que le dejaron practicar una u otra, se sintieron complacidos.

10. REVELACIONES DE ATABEY

Esa nueva fase de la vida del pueblo aruaco estuvo relativamente llena de felicidad. Alborozo sentía cada uno de sus hombres al poder constituir familia otra vez, y ver crecer la prole. Pero otros designios sombríos se cernían sobre ellos. De pronto varios empezaron a enfermar, a morir, y sus carnes a pudrirse bajo la tierra. Los cultivos menguaban, la yuca cosechada era poca y pequeña. Las lluvias se tornaron torrenciales, los ríos salieron de sus cauces y en algunos sitios el mar penetró más allá de sus orillas. Y de seguida sobrevino una sequía implacable, la tierra se agrietó y transformó en polvo, y a éste un viento del que no se tenía memoria, se arremolinaba y empujaba en todas direcciones. No había caney o bohío que pudiera mantenerse en pie, ni siquiera los del cacique. Tronaba y relampagueaba inopinadamente, rayos inmotivados incendiaban los bosques o rajaban los árboles más frondosos y antiguos.



Todo fue miseria y destrucción, sin que el pueblo supiera por qué ocurrían tales fenómenos, cuál de sus cemies estaba ofendido, qué error se había cometido, quién entre ellos era el causante de tanta penalidad. Y ocurrió que en una aldea cercana, a orillas de una gran laguna, un grupo de hombres se empleaba a fondo con sus artes y procedimientos de pesca, afanosa y obstinadamente, sin resultado alguno. Días y días, desde el amanecer hasta el crepúsculo, los ojos fijos en las aguas, los músculos tensos, el corazón en vilo, sin que lograran pescar una sola biajca.³⁵ Al regreso se les veía cabizbajos; el cielo, el agua, la tierra y el bosque, todo estaba de espaldas a ellos, nada les prodigaba piedad ni misericordia.

Y en una nueva jornada, con el desaliento entronizado en el ánimo de cada cual, vieron alzarse súbitamente sobre las aguas la imagen de una mujer, con el vientre abultado por la preñez y un largo tocado en la cabeza, que le caía a ambos lados sobre los hombros. Tanto sufrir acumulado hizo que de momento aquellos infelices trataran de huir, previendo una calamidad mayor que las experimentadas. Pero un gesto amable de la hermosa mujer los detuvo. Con dulzura les dijo:

No teman, hijos míos, yo soy Atabey (XVIII), madre del Ser Supremo, Señora de las Aguas Dulces. Por cualesquiera de mis nombres pueden invocarme: Atabey, Yermano, Guacar, Apito y Zumaco; siempre tendré el oído presto a sus voces. He venido a advertirles y a revelarles el secreto de las desgracias que les abruman y a mostrarles la manera de acabar con ellas.

Y con su voz dulce y ondulada les explicó que hay un Gran Espíritu, invisible y benéfico, sin principio ni fin no obstante tener madre, señor del mar y de la yuca: Yicahu Bagua Máorocote (XVIII). Con él se relacionan las ranas y el manatí, las serpientes y las aves acuáticas. La cifra de su figura está en las piedras de tres puntas y en ciertos animales. Mientras hablaba, Atabey dedicaba a aquellos hombres tan experimentados una expresión maternal y amable, en la que muchos reconocían el dulzor de la miel y el bálsamo de una caricia. Puntualizó la Señora de las Aguas Dulces:

Para reverenciarlo y obtener sus favores, deberán ungir sus figuras con el zumo de la yuca, llevar sobre el pecho sus representaciones en animales y enterrar en los conucos las piedras de tres puntas. Entonces Yicahu Bagua Máorocote les será propicio, hará fructificar la tierra y que las cosechas sean abundantes, y que el mar les entregue la pesca mejor y más apetitosa.

Yermao, Guacar, Apito, Zumaco, la hermosa Atabey, añadió a lo dicho que en el país de Mantuatihuel, el Hijo del Alba, hay una cueva que se llama Iguanaboina (XX), de donde salen el Sol y la Luna, la una a continuación del otro, sin equivocarse su trayectoria ni su frecuencia, ni estorbarse, en un orden de admirable perfección, y que allí nacieron dos gemelos: Bounayel (XX) y Márohu (XX). El primero es el Señor de la Lluvia y el segundo es el Espíritu del Tiempo Despejado. Y mirando a los ojos de sus afligidos oyentes, la Madre del Ser Supremo, aquel que todo lo sabe y todo lo entiende, les advirtió, deteniéndose en cada una de sus palabras: "Invóquenlos, hijos míos, para que llueva o cese de llover, para que el amanecer les sea dicha y el atardecer motivo de renovado regocijo."

También les contó que en el maravilloso país del cacique Aumatex³⁶ habita un cemi cuyo nombre es Guabancex (XXII), Señora de los Vientos, del Huracán³⁷. A ella la asisten dos ayudantes: Guataubá (XXIII), heraldo del relámpago y el retumbar del trueno, y Coatrisquie (XXIV), quien recoge las aguas torrenciales de las montañas y las lanza con fuerza hacia los valles y litorales, para que todo lo anieguen y destruyan. Y levantando su mano la prudente Atabey casi les suplicó: "No olviden nunca a Guabancex, reverencia, ofrézcanle los más delicados tributos a su cemi y mantengan siempre limpio su santuario."

Les explicó a continuación que los seres humanos mueren, sus carnes se pudren y su Guayza (XXV) desaparece.

Así dijo:

Hay que reconocer la Guayza de cada cual, haciendo el retrato del alma en las conchas de los caracoles del mar, y llevarlas en fajas bajo el ombligo o en la frente, o como sonajeros colgados del cuello y en los brazos.

Entre ustedes hay un hombre muy viejo y que pronto va a morir; ustedes tal vez lo vieron más de una vez, mas no saben cómo llamarle. Lo deben hacer por el nombre de Maquetaurie, y cuando ya el aire no entre por su nariz y sus carnes bajo la tierra se fundan a ella, será el primero en entrar en Cocaybay,³⁸ el País de los Ausentes, donde la Guayza pasará a ser Opia (XXVI) y los muertos vivirán para siempre, en un tiempo que no tiene fin, comiendo

guayabas³⁹ y visitando por las noches a los vivos, danzando en hermosos e interminables areitos⁴⁰ a la vista de todos nosotros, sus padres, y volando como lechuzas y murciélagos por los campos.

Y señaló la encantadora Atabey:

Ese hombre del que les hablo, cambiará su denominación por la de Maquetaurie Guayaba (XXVII) y tendrá como heraldos a las lechuzas y a los murciélagos, a quienes anunciará un espíritu perro, Opiyelquobirán (XXVIII). A todos hay que hacerles ritos propiciatorios y representarlos en cemies y en sus cazuelas, para que el Señor del País de los Ausentes se alegre y no deje que suceda como hasta ahora, que los cuerpos de ustedes se pudren bajo tierra, y para que los Opías no asusten a los cobardes o se acuesten con vuestras esposas.

Así habló de nuevo Atabey, la Señora de las Aguas Dulces, salida de una laguna ante los ojos atónitos de unos humildes pescadores, que entre el pueblo allí congregado escuchaban sus indicaciones.

Atabey detuvo su relato y paseó su hermoso y esbelto cuerpo por entre los matorrales, fijando en cada uno el brillo de sus ojos. Subió a un pequeño tímulo y abriendo sus brazos añadió:

Sus montones⁴¹ no producen buenas yucas, los sembrados están llenos de yerbas y, a veces, ustedes dejan en el cazabe el veneno del zumo agrio, provocando la muerte del desventurado que prueba de él Vayan a la aldea quemada y allí encontrarán un cemi que el fuego casi destruyó, es Baibrama (XXX), con el que deben emplear los más refinados procedimientos.

El pueblo poco a poco se había sentado en torno a la diosa de tantos y tan variados nombres, evocadores de los Tiempos por los que los aruacos habían cruzado dejando una huella indeleble, como la que se imprime en la negra arena húmeda de los ríos. Como seda sus cabellos, como pulida piedra de cuarzo sus hombros, y sus palabras cual el arrullo inimitable del viento entre las hojas de las palmas, Atabey tomó asiento entre ellos, sin gesto altivo ni repulsión, sino con el calor que proporciona cuanto se dice salido del corazón.

Oyeron de sus labios:

Bañen a Baibrama con el jugo de la yuca y crecerán sus miembros, nacerán sus ojos y volverá a ser quien era.

Invoquenlo ungiéndolo con el zumo de la yuca, para que de cada planta salgan muchas yucas, grandes y gruesas. En su honor limpien bien los sembrados de malas yerbas, remuevan la tierra y cuiden de que sus mujeres saquen todo el veneno de la catibía.

Baibrama es muy celoso en la supervisión del cumplimiento de sus exigencias, y de no hacer lo que les digo, les castigará con las enfermedades y con la muerte, y cuando pregunten por qué, su behique⁴² les dirá que todo ha sucedido así por la cólera de Baibrama.

Y agregó:

Pongan su juicio en lo que les digo, hijos míos. Hay otro cemi que perteneció al cacique Guamorote, y que cuando quemaron el bohío de éste, escapó. Corocote (XXX) es su nombre, y por un tiempo sirvió a varios caciques. Ahora su dueño es Guatabanex, que habita en el país de Jacagua. En los techos de los bohíos y caneyes vive Corocote. A él hay que reverenciar para que la procreación ocurra, y los hombres puedan cohabitar con sus mujeres durante largo tiempo.

Tras lo cual les reveló:

Cuando Guani (XXXI) vuele, libando el néctar de las flores, deben invocarlo oliendo los guanines que recuerdan su nombre y su plumaje. Él tuvo a bien llevar a Hiali, el hijo de la Luna, a conocer a su padre que fulge en lo alto del Turey, con la cara manchada con el estigma del incesto. Un joven era la Luna al inicio de los Tiempos, y vivía en una pequeña aldea allá en los confines del mundo conocido. Su cuerpo semejaba al pez entre las cristalinas aguas de los ríos, su voz era perfumada, su paso cauto, su vigor como el del tronco del guayabo y su palabra dulce cual la miel. Mas el infortunio rozó las comisuras de sus labios, el brillo de sus pupilas, la palma de sus manos y lo más hondo de su corazón, colocando en ellos una pasión indomable. Cirgo, oculto en las sombras de lo Oscuro que todo lo promueve

y engalana, cada noche penetraba en el bohío en donde vivía su hermana, y con furia y deseos enconados, yacía con ella en la grande y hermosa hamaca de sus padres.

La muchacha nada sabía sobre la identidad de su amante, y le recibía con gozo; en su alma animaba el más tierno amor. Luna tenía el cuidado de marcharse antes de la salida del Sol y distraer los reclamos y caricias de ella con promesas vacías y disimulos. Mas en una madrugada, cuando ya Mantiatihuel anunciaba el advenimiento de la mañana, ella llenó sus manos con el negro tizne de una vasija y cautelosamente las pasó por el rostro de su amante. Y como sucedía siempre, al amanecer el misterioso amante desapareció, sin percatarse de nada de lo hecho por ella.

Después de una pausa, Ataley continuó:

Cuando el Sol promediaba la mitad de su recorrido, la Luna hizo su habitual paseo por la aldea y como de costumbre se detuvo frente al bohío de su hermana. En ese instante ella salía del bohío, y al mirarlo frente a frente descubrió el trazo de sus dedos manchados en su rostro. Grande fue su dolor, la ira colmó su entendimiento y dio impulso a sus actos. Con voz desgarrada proclamó, ante todos los de la aldea, el deplorable proceder de Luna, e insultándole lo alejó para siempre de sí. Todos conocieron entonces que no era Corocote el verdadero amante y lo insultaron, le gritaron su infamia y le apedrearon.

El joven Luna, avergonzado y con temor, por primera vez consciente de la gravedad de su proceder, decidió marcharse de allí para siempre. Y se fue al Turey, el cielo inmenso e inabarcable, y tornóse en la Luna tal como ahora la vemos, con su hermoso brillo, lozano e incitador. Mas en su rostro están las manchas de tizne, estigma que le acompañará un día y otro, sin fin, como señal para que nadie olvide que así se castiga a todos aquellos que no respetan las sagradas y sublimes reglas del amor. Por todo ello, hijos míos, deben ustedes buscar su pareja en otras aldeas en donde viven otras tribus, para que mi pueblo crezca libre de esta horrible herencia.

Para terminar, les recordó:

Por último, yo, Atabey, Madre del Ser Supremo, propiciaré el buen parto de las mujeres y cuidaré los itabos,⁴³ lagunas y ríos, siempre que tengan a bien invocarme y presentarme ofrendas. Y si me colocan sobre el vientre de las parturientas, el alumbramiento de todas ellas será feliz. Y si me acercan a las fuentes de agua dulce, a los manantiales perdidos en la oscuridad del monte o en medio de la sabana,⁴⁴ nunca dejará de manar en abundancia un agua fresca y pura.

Todo esto les entrego a manera de tesoro que, a su vez, ustedes darán a sus hijos y éstos a sus hijos, y así mientras el pueblo aruaco viva. Cuando se cumpla la profecía de los cemíes, dicha más de una vez a los antepasados, no les olviden, porque de la boca de los cemíes salió; pidanles fortaleza, coraje para resistir, paciencia y esperanza para salir adelante, para que el pueblo aruaco siga siendo el que es. Oh, hijos míos, pequeños míos, sepan que no pasarán muchos días y noches, lluvias y sequías, fríos venidos de donde se oculta el Sol y tempestades de donde sale, sin que lleguen a las Islas extrañas como nunca por aquí se han visto.

Serán seres parecidos a ustedes, pero con la piel pálida y con pelos, con los ojos variopintos, un vaho ácido y cubiertos con vestidos de varias envolturas, la más externa semejante a la corteza de los árboles más copudos y anchos. Ellos hablarán en una lengua nunca oída y su olor nada tendrá que ver con el de la marisma, el de la iguana, la jutía o las carnes del cobo. No respetarán los ritos y ceremonias del pueblo aruaco, tendrán irreverencias para sus cemíes. Ni la mujer, ni el niño, ni el viejo, ni el hombre estarán seguros. Matarán a la luz del día o entre las sombras de la noche, y someterán a todas las tribus a sus designios. La libertad que nosotros les hemos entregado a ustedes como un don precioso, les será arrebatada, y la huella de los aruacos tratará de ser aventada como el polvo. ¡Cuánto dolor, cuánta humillación, mis pequeños! Mi corazón se duele al oír mi voz describiendo esos hechos.

Mas no olviden, hijitos, a los cemíes, que si los recuerdan, ellos nunca les olvidarán.

Y Atabey cerró sus labios, y sus ojos vagaron por los rostros entristecidos de cuantos hasta entonces la escucharon. Su belleza era la del atardecer cuando el cielo se torna carmesí, o la de las aguas remansadas cuando sobre ellas se reflejan los cielos y las copas de los árboles

Se dio vuelta y se dirigió Atabey hacia la laguna en donde los aruacos la encontraron. Tanta era la delicadeza de su paso, que pronto dejó de pisar el suelo, y ya sobre las aguas, con los brazos apoyados en las caderas, levitada como sólo a las aves les es dado andar por este mundo, Atabey comenzó a descender y su cuerpo a sumergirse. Mientras lo hacía, del bosque cercano se dejó escuchar la música concertada del canto de los pájaros y del viento entre las ramas, mezclada con el murmullo del arroyo y el lejano golpear del mar contra los arrecifes de la costa. La laguna se pobló de burbujas multicolores, y lo último que se vio de la Madre del Ser Supremo, fue su dulce sonrisa y el suave ondular de sus cabellos. Todos los presentes allí, sin que nadie los conciliara, dejaron que sus voces se alzaran a coro en una solemne invocación a su ya querida diosa "Atabey, matunheri turey."⁴⁵

NOTAS

- ¹ *Jiguera*. vasija hecha con la corteza leñosa del fruto de una planta cubana llamada *guira* (*Crescentia cujale*, L'In.), en ocasiones se le denomina en forma genérica a la yuguera, *guira*.
- ² *Caracaacoh*. malformación congénita denominada *ictiosis*, en este caso recesiva, en la aguda el niño muere poco después de nacer. En los casos de ictiosis, la piel presenta la apariencia de estar cubierta por escamas de pez, de ahí su nombre en latín.
- ³ *Conucos*. sembrados.
- ⁴ *Coa*. bastón sembrador, palo aguzado en un extremo endurecido al fuego, único instrumento del que se valían los aborígenes de Cuba para sembrar y cultivar los sembrados.
- ⁵ *Yuca*. mandioca, tubérculo de la planta *Manihot esculenta*, Crantz.
- ⁶ *Caney*. casa circular de paredes de cañas, techo cónico de madera y hojas de palma, donde habitaron los aborígenes de Cuba.
- ⁷ *Guayacan*. árbol (*Guaiacum officinale*, L'In.) de madera muy preciosa por los aborígenes para confeccionar sus ídolos.
- ⁸ *Baley*. plaza central que comúnmente existía en las aldeas de los aborígenes agricultores de Cuba.
- ⁹ *Cagabe*. pan confeccionado con harina del tubérculo de la yuca (*Manihot esculenta*, Crantz), asada en tortas circulares sobre discos de barro, era la forma común de consumirla, siendo un ingrediente básico en la dieta de los araucos agricultores.
- ¹⁰ *Cohoba*. nombre que probablemente se le dio a la planta que ahora denominamos tabaco (*Nicotiana tabacum*, L'In.). Se reconoce también por ese nombre un rito muy difundido entre los araucos antillanos en el que la inhalación del humo de las hojas quemadas de esa planta, y las de otras alucinógenas, era el elemento esencial.
- ¹¹ *Guanyuayo*. espulo, escupitajo.
- ¹² *Burén*. grandes discos de barro cocido sobre los cuales se asaba la harina de yuca para hacer el cagabe, se calentaban al fuego apoyados sobre tres piedras.
- ¹³ *Calubía*. yuca rallada y secada al sol que se emplea para hacer el cagabe.
- ¹⁴ *Caquama*. tortuga marina de gran tamaño (*Caretta caretta*).
- ¹⁵ *Bohíos*, *bahareques*. distintos tipos de habitación de los aborígenes de Cuba, además del caney.

- ¹⁶ Cuatro Vientos. en muchos mitos del Nuevo Mundo el número 4 es sagrado, se le identifica con Cuatro Gemelos progenitores de la raza humana y guardianes de los puntos cardinales que son cuatro, al igual que los Cuatro Vientos.
- ¹⁷ Cacibajagua: "Cueva de Jaquá", de la que salvó la mayor parte de la gente que pobló las islas
- ¹⁸ Amayauna. "Lo sin valor" o "Sin mérito", cueva de la que supuestamente salieron otros grupos minoritarios despreciados y casi bárbaros
- ¹⁹ Guayo o dugo: hierba sin identificar con poderes medicinales para curar las llagas, posiblemente de origen sifilitico, fricciónándose con ella durante el baño
- ²⁰ Mácacoel. "El sin párpados", esa condición mítica lo adecua para ser un excelente guardián insomne
- ²¹ Jobo árbol silvestre muy común en Cuba, de gran corpulencia, sus frutos amarillos pueden ser ingeridos en poca cantidad.
- ²² Yahubabayael. se le ha identificado con el ruiseñor, pero la presencia iconográfica de aves no acuáticas en la mitología aborigen de Cuba se relaciona con palomas silvestres y en especial con el pájaro carpintero, conocido en lengua aruaca como *Iniriri Cahubabayael*, el que sí está representado en los mitos. La homofonía de los dos morfemas. *Yahubabayael* y *Cahubabayael* es evidente así como una posible relación entre los dos entes.
- ²³ Canoa embarcación aborigen hecha de un tronco ahuecado
- ²⁴ Cobo gran caracol univalvo marino (*Strombus gigas*) Con su concha se confeccionaban muchos instrumentos de trabajo y artefactos suntuarios, además de una trompeta o caracola llamada *quama*.
- ²⁵ Guanara. en aruaco quiere decir lugar apartado y tranquilo
- ²⁶ Guanaro y camao. dos palomas silvestres que anidan en Cuba, respectivamente, *Zenaidura macroura* y *Coturnix coturnix*.
- ²⁷ Jurey. el cielo, con el concepto de cosa esotérica y sagrada
- ²⁸ Caona oro
- ²⁹ Guacamayo, colorín, catey. aves endémicas cubanas de la familia *Psittacidae*, sus respectivos nombres científicos son *Ara tricolor*, *Amazilia leucocephalata* y *Anatinga eupus*, de bellas plumajes y hábitos muy gregarios, formaban grandes bandadas en los bosques de Cuba
- ³⁰ Tocororo en la actualidad ave nacional de Cuba (*Pipilo maculatus maculatus*), de brillante y colorado plumaje rojo, azul, blanco, verde y negro de reflejos metálicos. Los aborígenes cubanos lo llamaban *Qualini Tocororo*: que es como decir "flor que vuela"
- ³¹ Julia. roedor de mediano tamaño muy común en los bosques de Cuba. Existen varias especies de la familia *Capromyidae* (en la época de los aborígenes también de la familia *Echimyidae*, ahora extintas) todas formaron parte de la dieta aborigen

- ³² *Misunos*, formaron el consejo de la aldea junto con el cacique como jefe, se estima que fueron jefes de familia integrantes de la comunidad
- ³³ *Cubuya* de nequén *cubuya* significa corbel, saga no muy gruesa, *nequén*, la fibra con la que se hacía posiblemente henequén (*Agave fourcroydes*), planta textil silvestre de Cuba
- ³⁴ *Cemi*, ídolo, icono
- ³⁵ *Bojaya*, pez de aguas fluviales endémico en Cuba (*Tetracanthus, Cuv*)
- ³⁶ *Aumatex*, Señor del País de los Vientos
- ³⁷ *Huracán*, tempestad severa, organismo ciclónico tropical de gran intensidad.
- ³⁸ *Coaybay*, morada de los muertos, País de los Ausentes, donde los espíritus de los muertos vagaban comiendo el fruto del *quayaba* y danzando, como en una vida eterna.
- ³⁹ *Guayaba* (*Psidium guajaba, L'ur*) fruto carnoso silvestre de Cuba, el *quayaba* es un arbusto que crece en casi todos los terrenos en nuestra isla. Es apreciado por su fruta comestible
- ⁴⁰ *Arethú*, danza típica de los aborígenes de Cuba, se acompañaba con cantos a modo de ritornelo, sobre hechos de importancia histórica de la comunidad o mitos, según el caso, entonados por el *teguina* (director). Se danzaba por hombres o por mujeres, nunca mezclados los dos sexos. El acompañamiento musical lo hacían con el *mayahuacán* (tambor solófono), guenas o flautas de madera o hueso, *quamo* (ocarina), *maracas* (sonajeros) y ensartas de campanillas confeccionadas con la concha de un caracol marino
- ⁴¹ *Montón*, sistema de preparación de la tierra para la siembra, consistente en acumular el suelo en los tonetones de un metro de alto cada uno
- ⁴² *Bohique*, hechicero mago y curandero de las comunidades aruacas, individuo con gran poder dentro del grupo
- ⁴³ *Habo manantial*, afloramiento de agua fresca y pura.
- ⁴⁴ *Sabana*, extensión grande de terreno plano, cubierto de vegetación gramínea y de contados árboles aislados, que exigen terreno pobre para vivir
- ⁴⁵ "Atabey, malunheri turey" quiere decir en lengua aruaca "Atabey, generosa compañera celestial"

MITOLOGÍA ABORÍGENA DE CUBA

RESUMEN

<u>ENTE</u>	<u>SIGNIFICADO</u>	<u>PARTICIPACIÓN EN EL MITO</u>	<u>ICONOGRAFÍA</u>
(1) YAYÁ	Deidad uninomada; sumo principio vital, agricultor ancestral, telúrico defensor de sus poderes	Es el padre primigenio cuyo verdadero nombre se desconoce; iniciador de los cultivos, que su hijo trató de derrocar, dio muerte a su hijo; fue el primero en comer los peces y luchar contra los Cuatro Gemelos	Idolos con ojos y boca como "granos de café"; en las manos, caquela para ofrendas
(2) YAYAELE	Hijo del espíritu uninomado Yayá, la ambición por el poder, principio del mar y de los peces	La ambición por los poderes de su padre lo llevó a la muerte, su osamenta se convirtió en el mar y los peces, dando ese medio y ese alimento a los hombres	Representaciones de peces
(3) YIBA CAHUBABA	Deidad madre de los Cuatro Gemelos, Madre Magna Embarazada, Gran Paridora, Madre Tierra	Con su maternidad después de muerte, dio origen a seres esotéricos que convirtieron a los hombres en sedentarios y conocedores de la pesca y el mar	Representación de mujeres con el tronco muy abultado, manos sobre el vientre, extremidades inferiores abiertas y formando muñones que crean la base

<u>ENTE</u>	<u>SIGNIFICADO</u>	<u>PARTICIPACIÓN EN EL MITO</u>	<u>ICONOGRAFÍA</u>
(4) DEMUNÁN CARACARACOL	Deidad que es el hermano mayor de los Cuatro Gemelos cuilgadores del género humano, antepasado heroico de los seres humanos, génesis de los mismos, destacado por su malformación congénita	Fue el primero en ser sacado del vientre abierto de su madre Iyba Cahubaba, conoció los beneficios del mar y los peces; hurtó para los hombres el fuego y el cazabe, engendró a la madre de los seres humanos y con ella procreó a los primeros hombres junto a sus hermanos	Representación de hombres con gibas en la espalda, bocas sin dientes, manos sobre las rodillas
(5) BAYAMANACO	Deidad del fuego y del secreto de hacer el cazabe; gran fecundador de los orígenes, practicante del rito de la cohoba	Veje colérico lanzador de magias "quarquays", que se negó a entregar el fuego y el secreto de hacer cazabe a Demunán Caracaracol, engendró junto con éste mediante la magia salivasemen-cohoba a la madre del género humano	Idolos con caras feroces, acuchillados, con cabezas desproporcionadas, cabezas feroces con cuerpos esquemáticos
(6) CAQUAMA	Deidad totémica, Madre del género humano, propiciadora del sedentarismo	Engendrada por Demunán Caracaracol y la saliva mágica de Bayamanaco, engendró con los Cuatro Gemelos a los primeros seres humanos, enseñó a los Gemelos cómo podían dejar de ser nómadas y convertirse en un pueblo asentado con los dones recibidos de Yayael y Bayamanaco	Representación de tortugas marinas y fluviales

ENTE	SIGNIFICADO	PARTICIPACIÓN EN EL MITO	ICONOGRAFÍA
(0099) MÁGACOEI	Personaje mítico, indeciso, mal guardián castigado por su ineptitud	Escoquido para distribuir a los seres humanos que vivían en una cueva fue indeciso para hacerlo, fue sorprendido por el Sol fuera de la cueva en lugar de cuidarla, su castigo: cuidar la eternamente convertido en piedra	Petroglifos en la cercanía de las bocas de las cuevas
(0099) MAHTAATHEI	Deidad Hijo del Alba, cacique de la región del amanecer la Aurora	Anuncia la salida del sol, su resplandor primero, causaba a los hombres que debían regresar a la cueva Cacibayaqua, en su país estaba la cueva de Iguanabaina, de donde salen el Sol y la Luna	Figuras alargadas con tocados serrados, brazos sobre el pecho portando alpendas
(0X) ALBEBORAEI QUAHAYONA	Personaje que implantó la exogamia, distribuidor de los mágicos cibos y guaninos	Dirigió la gesta en pos de lograr la exogamia, separó a las mujeres de sus maridos e hijos incestuosos logrando nuevos enlaces exogámicos, curó de su enfermedad con la curandera y maga Guabonito, quien le obsequió las joyas más preciadas para el pueblo aruaco	Láminas de oro, joyas de guanín, cuentas y colgantes de calota

ENTE	SIGNIFICADO	PARTICIPACIÓN EN EL MITO	ICONOGRAFÍA
(X) YAHUBABA	Recolector de yerbas para el baño, sorprendido por el Sol, conversión de ser humano en animal	Su demora nocturna recoyendo la yerba digo o guayo ocasionó que le sorprendiera el Sol y lo transformara en pájaro que canta al amanecer llamado Yahubabayael	Representaciones de aves no acuáticas, posiblemente también el pájaro carpintero Inwri Cahubabayael
(X2) TOA	Los niños abandonados convertidos en deidades totémicas al transformarse en ranas y sapos, avatar del Ser Supremo Yucahu Baqua Márocote	Guahayona y las mujeres abandonaron a los niños, éstos, sin poder mamar, se convirtieron en batracos a la orilla de un arroyo, gritando "toa, toa", que significa agua, leche	Representaciones naturalistas de esos animales, estilizadas, en piedra concha, hueso y cerámica
(X99) QUABONITO	Personaje mítico con grandes poderes de magia y curandería que transmitió a Guahayona, vivía en el fondo del mar	Fue sacada por Guahayona del fondo del mar, curando a éste de las llagas que padecía, le entregó también el secreto mágico de las cubas y los guanines	Se le representa en las propias cuentas de piedra y con el metal guanín
(X999) QUANARO, CAMAO	Palomas montaraces totémicas, tal vez representación de Yahubabayael	Intervienen en la dieta para la cura de llagas y otros males, posibles poderes mágicos	Figuras de palomas en piedra, naturalistas y estilizadas

(XVI) QUACAMAYO, COTORRA, CATEY	Reminiscencia tolémica de reconocimiento a un significativo elemento alimentario, destacar animales que hablan y adornan	Sus bandas de miles de individuos sirvieron de alimento; surcaban el espacio con su canto, tan llamativo como su plumaje, fueron animales domésticos	Representaciones en piedra con elementos humanos o sin ellos, naturalistas y estilizadas
(XVII) QUATINJ TOCORORO	Ave de bello plumaje, en la actualidad ave nacional de Cuba	"Flor que uuela", muy admirado, utilizadas sus plumas en adornos especiales de los caciques	Representado por la propia figura estilizada del ave en concha
(XVIII) INRIJI CAJUBABAYACL	Personaje totémico que abrió el sexo a seres sin él, propiciando el poblamiento de las Antillas	Fue atado a cuatro seres asexuados, picoteando abrió el sexo femenino en ellos, posible hijo de Niba Cahubaba y avatar de Yathubaba	Figuras de pájaro carpintero en oro y piedra
(XIX) ATABEY, YERMAO APIJO, QUACAR y ZUMAGO	Madre del Ser Supremo, Madre de las Aguas Dulces, propiciadora del culto a las deidades, del buen parto y la fertilidad materna, deidad propiciadora del género humano	Se presenta como la madre de Ypicahu Baqua Máorocote instando a los seres humanos a reverenciar a las deidades, señalándoles cómo deben hacerlo, propicia el buen parto al tenerla en la casa y pasarla sobre el vientre de la parturienta	Figuras femeninas de barro o piedra, con los brazos y manos sobre el vientre abultado a veces por la preñez, otras figuras sin brazos

(XXII) YÍCALNÍ BAQUA MÁOROCOTE	Ser Supremo sin principio ni fin, deidad de la yuca y del mar	Como Ser Supremo se relaciona con todo, pero sus principales avatares lo muestran con aves acuáticas, manatíes, batracios y serpientes, su principal signo es como fertilizador de la tierra y del mar	Trigonolitos (piedras de tres puntas) con figuras humanas, de flamencos, manatíes o serpientes estilizadas; a veces se le representó en colgantes de concha con formas de aves acuáticas o en espátulas vóxicas que destacan el manatí
(XXIII) IQUANABOINA	Cueva pictográfica de la que salen el Sol y la Luna y nacieron los dos gemelos Bonnapel y Mínohu	Cueva ceremonial con pictografías, antro materno telúrico, unión de Iguana (la seca) y de Boina (las nubes cargadas de lluvia)	Cavernas pictográficas específicas, figuras de lagartos como la iguana y los chupojos
(XXIV) BOINAYEL	Deidad de la lluvia, hijo de la Serpiente Parda: Boina. Tiene un avatar como Taquabo en Cuba	Gemelo de Mínohu, causante de las benéficas lluvias	Se le representa en figuras de síameses, él con ojos que lloran; a veces lo muestran solo en ídolos sin brazos, de ojos sesgados

(XXI) **MÁROJHU**

Deidad del tiempo despejado, sin lluvia; hijo de Iquana, la serpiente con rayos de sol en el lomo, tiene un altar en Cuba como *Maicabó*

Gemelo con Boumayel, es el causante de las temporadas secas, equilibra la acción de su hermano lluvioso

Se le representa como un ídolo suamés con su hermano o atado a él, a veces se le muestra solo, con ojos ahuecados y boca sin dientes, muy esquematizado

(XXII) **QUABANCEX**

Deidad Señora de los Vientos; el Huracán

Aurada e iracunda fuerza de los vientos arremolinados que todo lo destruyen en su ira cuando no se le presta atención, tiene dos ayudantes

Se le representa en cerámica con brazos en espas, se describe también como un cemi de piedra no identificado

(XXIII) **QUATUMBA**

Heraldo de Quabancex, es el relámpago y el trueno; deidad temida

El trueno anuncia la tempestad, conmina a los demás cemís para que se unan a la destrucción por orden de la temida Quabancex

Se le identifica en pictografías y decoraciones de líneas quebradas, estas últimas por lo general en cerámica

(XXIV) **COATRI&ZHU&**

Ayudante de Quabancex; recogedor de las aguas torrenciales

Recoge las aguas en los valles dejándolas correr en torrentes que todo lo destruyen

Su identificación no ha sido posible, apreciada en la iconografía antillana

*Ver parte II de este libro.

(XXV) **QUAYZA**

Alma de los uivos, nuestra faz

Esencia que anima el cuerpo uivo, retrato del alma que mostraba la esencia individual de cada ser viviente

Carátulas de concha, a veces con incrustaciones, se llevan sobre el cuerpo, caracoles tallados mostrando rostros humanos, a modo de colgantes

(XXVI) **OPJA**

Espíritu de los muertos, heraldo de Maquetauric Quayaba

Espíritus que vagan por las noches encarnados en otros seres, comen quayabas y bailan areítos espantando y haciéndoles bromas eternamente a los uivos

Representaciones de murciélagos, lechugas o individuos sin ombligos

(XXVII) **MA&ZHU&T&URIC QUAYABA**

Deidad Señor de Coaybay (Morada de los Ausentes), Señor del País de los Muertos, el Sin Vida

Fue el primer hombre que entró a Coaybay, elevado a la categoría de deidad, rige allí a los opías en una eterna vida de ultratumba

Representaciones de figuras cadauéricas, rostros descarnados sin esqueletos o calaveras

(XXVIII) **OPHY&QUOB&R&N**

Deidad espíritu-perro, heraldo de los opías

Perro con cabeza humana, andariego y nocturno, que nunca puede ser atado por mucho tiempo, sus fugas son constantes

Figuras de perros, perros con cabezas humanas, bandejas y dijos (asientos) de cuatro patas con cabezas

(XXX) **BAJBAMA**

Deidad vigilante de la calidad, la salud y los cultivos, su severo control le granjeó el mote de "Feo y Mala". En Cuba se le conoce también por el nombre de Mabuya.

Domesticador de la yuca, la hizo ser gruesa y numerosa, guardián de los cultivos atendidos. vigilante de la calidad del cañabe, castiga a los descuidados con la muerte o las enfermedades.

Figuras de rostro feroz y cuerpo extremadamente delgado con costillas visibles; algunos con tableros en la cabeza u oquedades para ofrendas.

(XXX) **COROCOTE**

Numen de muchos amos, padre de muchos hijos, marido de muchas mujeres.

De gran vitalidad sexual, desciende del techo de las casas donde vive para cohabitar con las mujeres, tuvo muchos hijos con dos marcas en la cabeza como doble corona, fue cemi de muchos caciques.

Ídolos fálcos o representativos de hombres con genitales muy acentuados, tocados con dos prominencias laterales.

(XXX) **QUANÍ**

Deidad totémica, el pájaro mosca o zonzuncito.

Llevó volando a Hualí, el hijo de la Luna, a conocer a su padre en el cielo, fue premiado por su acto con un bello plumaje tornasolado.

Se le representa con las láminas de quanín (aleación de oro, plata y cobre), de superficie tornasolada.